

Δ Dos rostros

por LUIS MARTÍNEZ

I

El timbre del teléfono sonó ininterrumpidamente con su sonido metálico y agudo. Marta se mordió los labios, nerviosa. Saltó del sillón y tomó el auricular.

—Dígame...

—Es Juan, Marta...

—¡Ah!

—Quisiera verte... Deseo estar contigo...

—En estos días no podrá ser... Mi hijo llega esta tarde.

—¿Y estará mucho tiempo?

—Alrededor de una semana...

—¡Caramba! ¡Qué contrariedad!

—Mientras él esté conmigo no podremos vernos... ¡Lo siento, Juan!

Cortó la comunicación y se echó en la amplia butaca. A sus pies, su enorme perro *Crispo* la miraba con pupila inquisitiva y triste.

—No me regañes, *Crispo*... Yo sé que no soy buena... Pero deseo serlo... No por mí sino por mi hijo.

El timbre rompió nuevamente el silencio. La vasta sala pareció conmovirse. Ella se levantó empuñada y angustiada:

—¿Quién habla?
 —Es Ricardo...
 —Dime...
 —Me gustaría verte esta tarde... Hace muchos días que no estamos juntos...
 —No podrá ser... Mi hijo llegará dentro de pocas horas... Y deberé atenderlo...
 —¿Estaremos muchos días sin vernos?
 —Posiblemente una semana.
 —¡Cuánto lo siento!
 Colgó el auricular y se arrellanó en su butaca preferida. *Crispo*, con su pelo negro y lustroso, sus orejas doradas, erectas, la miraba insistentemente. Marta se mordió los labios. Se sentía vencida, estrujada, aplastada. Con el dorso de la mano se secó dos lágrimas que le rodaron blandamente por las mejillas.

II

—¡Mamá!
 —¡Carlitos! ¡Qué bien luces! ¡Eres un hombretón! Has crecido...
 —No mucho.
 —Pero estás más grueso...
 —He aumentado diez libras...
 —¡Cómo has cambiado en dos años!
 —También tú estás muy guapa... Te ves muy bonita... El cabello muy negro, la mirada brillante... El cuerpo esbelto como siempre... ¡Los años no pasan por ti!
 —Son cuarenta...
 —Pero los disimulas muy bien...
 —Tú tienes ya veintiuno...
 —Veintiuno... Pero ya soy bachiller y dentro de una semana me iré para el ejército.
 —¡Qué poco tiempo estarás conmigo!
 —Lo sé...
 —La soledad me enferma... A tu lado me agiganto. Me siento otra. Cuando estoy sola me parece que soy tan pequeñita, tan poca cosa... ¡Me siento tan desamparada! Cuando estoy contigo me crezco. Me sé dueña de mí misma... Al alejarte me parece que dejo de ser yo y que me convierto en mi propia enemiga.

—No te comprendo...
 —Son muchos años de soledad, Carlitos. Estuve casada con tu padre sólo cinco...
 —¡Papá murió tan joven!
 —A su lado me sentí protegida, respaldada, amparada... No sé si lo amé mucho... Pero estoy segura de que me hace falta...
 —Fue un hombre tan bueno...
 —Tan comprensivo... Con su mirada dulce, su palabra sosegada... Éramos dos temperamentos distintos... Pero nos identificamos mucho.
 —Lo comprendo...
 —Luego me quedaste tú, que llenaste mi vida... Pero, desde que empezaste los estudios universitarios, nos hemos alejado... ¡Me siento tan sola, Carlitos, tan sola...!
 —Pero ¿no tienes amigas?
 —En este pueblo no me quieren...
 —¿Por qué?
 —Soy una mujer distinta a las otras... Tengo otras inquietudes... Aquí todas son adocenadas y vulgares... Algunos amigos me comprenden mejor. Pero los hombres me miran con ojos codiciosos. Y me siento impura... Solamente cuando estoy a tu lado me sé pura y buena como la mejor madre del mundo... Cuando te alejas, siento que me mancho...
 —¡Son tonterías! ¿Por qué vas a mancharte?
 —No sé si me mancho yo misma o me manchan los otros con su mirada... ¡Sólo sé que soy muy desgraciada!
 —No estás bien, mamá... Debes cuidarte...
 —Estoy muy bien físicamente...
 —Lo sé... Tu mal es síquico...
 —Tal vez... Estoy enferma de soledad, de tristeza, de abandono...
 —¿No te basta con saber que te quiero mucho?
 —Te necesito físicamente... Necesito tu presencia... Tu ausencia permanentemente me hace daño... Una madre no puede vivir sin su hijo... Es como si le faltara una parte de sí misma...
 —Me apena oírte... Pero ahora no podré complacerte... Debo ingresar en el ejército... y quiero que estos días que pasemos juntos nos sintamos felices... ¡Deseo recordarlos como los mejores de mi vida!
 Ella no volvió a hilvanar una palabra de congoja. Sonrió. Habló. Cascabeleó. El día que Carlitos se marchó lo despidió con una son-

risa. Pero, al regresar del aeropuerto, se hundió cabizbaja en su sillón y sollozó fuertemente.

III

El perro la miró con su pupila inquisitiva. *Crispo* estaba tendido a sus pies, con su pelo negro y reluciente, sus orejas doradas y su hocico húmedo y frío.

—No me reproches, *Crispo*... Yo sé que no soy buena...

—Pero deseas serlo... Sin embargo, tu poca voluntad te arrastra por otros caminos.

Marta oyó la voz del animal claramente. Le hablaba con un lenguaje suave y sosegado como lo hacía su esposo.

—No te entiendo, *Crispo*... ¿Qué quieres decirme?

—Que las madres deben ser siempre puras para ser dignas de sus hijos.

—Lo sé... Pero hay algo superior a mí misma que me arrebató y me arrastra al mal... Quiero ser buena... Pero no tengo la voluntad de serlo...

—Le tienes miedo a la soledad...

—Y pretendo llenarla con torpes cariños...

—Pero los hombres no te hacen feliz...

—Me buscan movidos por una pasión de la sangre, por un deseo irrefrenable...

—Mas, satisfecho el propósito, no te queda nada de ellos...

—El mal recuerdo de mi falta...

—¿No podrías vivir sólo para tu hijo?

—Mi corazón necesita caricias... La soledad me aterra...

—Lléname del cariño de tu propio hijo...

—Si lo tuviera cerca, sí. Con sólo verlo me siento feliz... Soy otra. Pero en su ausencia me ahogo dentro de mí misma... Es como si me aplastaran, me estrujaran... sólo él podría salvarme... Y está lejos. Tal vez, *Crispo*, va ya camino de la muerte...

Se cubrió el rostro con las manos. Un llanto denso y copioso le bañó las mejillas. Un sollozo hondo le estrujó el pecho.

De pronto el timbre del teléfono sonó más agudo que nunca. Ella trató de rehacerse. Saltó del sillón convulsa. *Crispo* la siguió.

—¿Quién habla?

—Es Juan... Necesito verte... Hace ocho días que estoy sin ti...

—Ven... Te espero... También yo te necesito... ¡Ven!
Crispo gruñó. Esta vez, Marta, no lo entendió. No le habló con el lenguaje lento y sosegado de otras veces sino con un ladrido oscuro en que se volcaba toda su alma de perro fiel...